

EVANGELIO Y VIDA

MAYO JUNIO 2020

AÑOLXII N369



SUMARIO

Pag. 1 Editorial

María: la flor de mayo

Pag. 2 Tras las huellas del Espíritu

Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre

Pag. 5 Encuentro con la Palabra

“Si habéis resucitado con Cristo buscad las cosas de allí arriba”

Pag. 7 Experiencias de Dios en la Biblia. *Pablo de Tarso*

Pag. 8 ¿Qué dice la Biblia sobre la peste?

Pag. 12 Discípulos del Señor
Dionisio y Damaris

Pag. 15 Preguntas interesantes
¿Qué dicen los Evangelios sobre la Virgen María?

Pag. 21 Cinco mujeres que entendieron a Jesús. *La Sirofenicia*

Pag. 24 La Palabra del Domingo
Julio - Agosto

Pag. 26 La Biblia en el Concilio
Etapa formativa del misionero

Pag. 30 San Francisco y la Palabra de Dios
Comprometerse con la caridad

Pag. 33 Una “lectura social” de diez iconos (retratos) del Evangelio de Lucas. *El icono de la identidad que deriva de la verdad de la persona*

DIOS TIENE LA PALABRA ¡CONÓCELA!

Evangelio y Vida,
revista de formación bíblica, te ayudará
a comprender la insondable
riqueza de la Palabra de Dios, y a
saber dar razón de tu esperanza.
¡LÉELA Y DIFÚNDELA!

EVANGELIO
Y VIDA

EVANGELIO Y VIDA AÑO LXII -NÚM. 369 MAYO-JUNIO 2020

Revista bimestral de divulgación bíblica, bendecida por su Santidad el Papa

Depósito Legal: M-8894-2017

Director: Domingo Montero

Coordinador: Luis López

Administrador: Miguel Ángel Fernández Reyero

Colaboradores: José Román Flecha, Jesús González, Valentín Martín, Fidel Aizpurúa,

José M^a Fonseca Urrutia, Carlos Gil, Ariel Álvarez, Jesús-Lucas Rodríguez García.

Precio de suscripción: España : Anual ordinaria: 10 euros. Extranjero: Vía aérea: 30 euros

MARÍA La flor de mayo

Mayo es conocido como el mes de María y mes de las flores. La Madre de Jesús, es una figura entrañable y fundamental, y la flor más hermosa. Forma parte del designio salvador de Dios y del “testamento” de Jesús. No es un adorno devocional.

“La piedad de la Iglesia hacia la santísima Virgen María es un elemento intrínseco del culto cristiano. La veneración que la Iglesia ha dado a la Madre del Señor en todo tiempo y lugar constituye un sólido testimonio de que la *lex orandi* de la Iglesia es una invitación a reavivar en las conciencias su *lex credendi*. Y viceversa la *lex credendi* de la Iglesia requiere que por todas partes florezca lozana su *lex orandi* en relación con la Madre de Cristo” (Exhortación Apostólica *Marialis cultus*, n 56). Por eso al hablar hoy de María hemos de adoptar “precauciones”, porque no es fácil hablar de María. Ya reconocía Pablo VI que “es difícil encuadrar la imagen de la Virgen, tal como es presentada por cierta literatura devocional, en las condiciones de vida de la sociedad contemporánea y, en particular, de las condiciones de la mujer bien sea en el ambiente doméstico, en el campo político, en el campo social y cultural”.

¿De qué María hablamos? ¿Cuál es nuestro perfil de la Virgen? ¿El de “una maestra de vida espiritual, la primera que siguió a Cristo por el «camino estrecho» de la cruz dándonos ejemplo, o más bien una Señora «inalcanzable» y por tanto inimitable? ¿La «Bienaventurada porque ha creído» siempre y en todo momento en la palabra divina (cf. Lc 1,45), o más bien una «santita», a la que se acude para conseguir gracias baratas? ¿La Virgen María del Evangelio, venerada por la Iglesia orante, o más bien una María retratada por sensibilidades subjetivas, como deteniendo el brazo justiciero de Dios listo para castigar: una María mejor que Cristo, considerado como juez implacable; más misericordiosa que el Cordero que se ha inmolado por nosotros?” (Papa Francisco)

No es fácil hablar de María, porque es una criatura que pertenece al misterio de Dios y, como todo lo relacionado con lo divino, se resiste a un tratamiento superficial. Frecuentemente, renunciando a profundizar en lo fundamental de su figura, nos quedamos en la anécdota sentimentalista, insensibilizados para captar y vibrar ante los contenidos de la fe. Y María es uno de esos contenidos. Por eso, es necesario y urgente que hablemos de ella cristiana y evangélicamente, sin estridencias ni reticencias.

La Virgen María es referente y estímulo “que brilla como modelo de virtudes sólidas, evangélicas: la fe y la dócil aceptación de la palabra de Dios (cf. Lc 1, 26-38; 1, 45; 11, 27-28; Jn 2, 5); la obediencia generosa (cf. Lc 1, 38); la humildad sencilla (cf. Lc 1, 48); la caridad solícita (cf. Lc 1, 39-56); la sabiduría reflexiva (cf. Lc 1, 29.34; 2, 19. 33. 51); la piedad hacia Dios, pronta al cumplimiento de los deberes religiosos (cf. Lc 2, 21.22-40.41), agradecida por los bienes recibidos (Lc 1, 46-49), que ofrecen en el templo (Lc 2, 22-24), que ora en la comunidad apostólica (cf. Hech 1, 12-14); la fortaleza en el destierro (cf. Mt 2, 13-23), en el dolor (cf. Lc 2, 34-35.49; Jn 19, 25); la pobreza llevada con dignidad y confianza en el Señor (cf. Lc 1, 48; 2, 24); el vigilante cuidado hacia el Hijo desde la humildad de la cuna hasta la ignominia de la cruz (cf. Lc 2, 1-7; Jn 19, 25-27); la delicadeza provisoria (cf. Jn 2, 1-11); la pureza virginal (cf. Mt 1, 18-25; Lc 1, 26-38); el fuerte y casto amor esponsal. De estas virtudes de la Madre se adornarán los hijos, que con tenaz propósito contemplan sus ejemplos para reproducirlos en la propia vida. Y tal progreso en la virtud aparecerá como consecuencia y fruto maduro de aquella fuerza pastoral que brota del culto tributado a la Virgen” (*Marialis cultus*, n 57)

Por eso María es flor de las flores, que perfuma no solo el mes de mayo sino todos los espacios de la vida.

TRAS LAS HUELLAS DEL ESPÍRITU

Domingo J. Montero

El acontecimiento de Pentecostés marca un antes y un después en el diseño y el designio de la salvación. Con él se quieren significar varios aspectos de gran calado teológico.

SIGNIFICADO DEL



ACONTECIMIENTO

a **Efusión plena del Espíritu.** Con la referencia a la profecía de Joel 3,1-5 (cf. *Hch 2,17-21*), san Pedro muestra que pentecostés realiza las promesas de Dios: en los últimos tiempos -plenitud de los tiempos- el Espíritu será dado a todos, regenerando al hombre en lo más íntimo de su ser: el corazón (*Ez 36, 26-29*)

El Bautista había anunciado a quien bautizaría en Espíritu Santo (*Mc 1,8*); y el mismo Jesús, después de su resurrección, había dicho “*Dentro de pocos días seréis bautizados en el Espíritu Santo*” (*Hch 1,5*). Pentecostés es el cumplimiento de ese bautismo regenerador del hombre y de los tiempos nuevos. Es, pues, un “*lugar*” de nacimiento (cf. *Hch 11,16*).

b **Culmen de la pascua de Cristo.** Cristo resucitado al tercer día, como lo había predicho (*Mt 16,21*), envía su Espíritu, como lo había prometido. Resurrección-Ascensión-Pentecostés forman la gran trilogía pascual. Los Hechos de los Apóstoles subrayarán cómo es incompleta la comprensión y la incorporación al misterio de Cristo sin la experiencia del Espíritu. A la pregunta que, a continuación del discurso de Pedro formulan los oyentes: *¿Qué hemos de hacer, hermanos?* (*Hch 2,14-16*), éste responde: “*Convertíos, y que cada uno se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el Espíritu Santo*” (*Hch 2,37-38*; cf. *8,14-17*). Pentecostés no es un añadido, un plus adicional, sino que forma parte del núcleo del hecho pascual de Cristo.

C **Reunión de la comunidad mesiánica.** La esperanza de Israel pasaba por la reunión de los israelitas dispersos (*Is 60,1-6*) y la de todos los pueblos en Sión (*Is 2,2-3*; *66, 6-8*; *60,11-14*). Pentecostés realiza en Jerusalén esa unidad espiritual de judíos y prosélitos de todas las naciones.

d **Ecumenismo salvífico.** El don del Espíritu es para todos (universal) y en favor de todos (para el bien universal), sin fronteras geográficas (*Hch 1,8*) ni lingüísticas (*Hch 2,5-11*). El pentecostés de los paganos (*Hch 10,44s*) lo subrayará.

La división operada en Babel (*Gén 11,1-9*) tiene aquí su antítesis. Mientras en Babel los hombres no lo gran entenderse, pentecostés muestra cómo la diversidad de lenguas no impide

la comunicación cuando existen otras fuerzas de comprensión. La diferencia entre ambas escenas reside en el “espíritu” que anima a los hombres. Babel es expresión de la autosuficiencia y del egoísmo humano. Pentecostés lo es del amor divino. Mientras el egoísmo bloquea toda comunicación, el amor es lenguaje universal. Pentecostés es el anti-Babel.

e Impulso a la misión. Si bien la misión surge explícitamente de la experiencia de la resurrección y del encuentro con el Resucitado (Mt 28,18-20; Mc 16,15-16), la efusión del Espíritu en Pentecostés supone el impulso definitivo a la misma. “*Recibiréis una fuerza del Espíritu Santo... Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaría, y hasta los confines de la tierra*” (Hch 1,8) El discurso de Pedro con los Once (Hch 1,14ss) es la primera manifestación de esa conciencia misionera, robustecida por la fuerza del Espíritu Santo (cf. Hch 5,32).

f Pentecostés, “navidad” de la Iglesia. Como en Belén nació el Mesías, concebido por el Espíritu Santo, en Pentecostés nació el nuevo pueblo mesiánico, también bajo la acción generadora del Espíritu Santo.

Destacar este paralelismo puede resultar sugerente. Pentecostés marca la hora de la Iglesia. El don del Espíritu hace surgir la Iglesia. Y no puede ser de otra manera, ya que solo del Espíritu puede nacer lo que nace de Dios (cf. Jn 3,5ss)

El tiempo inaugurado por la glorificación de Cristo se llama indistintamente “*el tiempo del Espíritu*” y el “*tiempo de la Iglesia*”. Espíritu e Iglesia están inseparablemente unidos como el cuerpo y el alma. Según san Pablo, la Iglesia es el cuerpo glorioso de Cristo, penetrado por la fuerza vital del Espíritu (1 Cor 12,13; Ef 4,2ss). Ambos fueron anunciados y prometidos por Jesús (Jn 7,39; Mt 16,18), y permanecen unidos en la acción y en el tiempo y en la misma espera del advenimiento definitivo y glorioso de Cristo (Ap 22,17)

g Pentecostés, fuerza y luz de la Iglesia. El Espíritu es quien fortifica y acrecienta a la Iglesia (Hch 9,31), quien inspira las decisiones para mantener su unidad (Hch 15,28), quien guía a los apóstoles en sus correrías misioneras (Hch 4,8; 6,10; 8,29; 10,19; 13,2-4; 20,24), quien establece en la Iglesia los ministerios necesarios (Hch 6,6; 20,28)

El Libro de los Hechos nos dice que donde se da el Espíritu, allí se da la Iglesia -*ubi Spiritus, ibi Ecclesia*-, incluso antes de que se den los signos sacramentales de incorporación visible a la misma (Hch 10,44-48). El Espíritu no solo impulsa, acompaña y hace eficaz la acción de los evangelizadores, sino que la precede (Hch 11,15-17)

Las Cartas paulinas, por su parte, confirman los testimonios de Hechos: Iglesia y Espíritu son inseparables. La experiencia del Espíritu se hace en la Iglesia, y esa experiencia es, precisamente, la que da acceso, la que introduce en la Iglesia. El Espíritu es la puerta de acceso a la Iglesia que, a su vez, es la casa del Espíritu. Los carismas son tanto más preciosos cuanto más eficazmente contribuyen a la edificación de la Iglesia (1 Cor 12,7; 14,4.12) y consagración del templo de Dios (1 Cor 3,16; Ef 2,22)

El Espíritu Santo trabaja por la unidad del Cuerpo de Cristo (1 Cor 12,13) como espíritu de comunión (Ef 4,3; Flp 2,1), que derrama en los fieles el don supremo de la caridad (1 Cor 13; 2 Cor 6,6; Gál 5,22; Rom 5,5), vínculo de la unidad perfecta (Col 3,14)

ENCUENTRO CON LA PALABRA

Jesús González Castañón

“Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre” (Gen 12,1)



A sí, con estas palabras, oyó Abrahán la voz del Señor: él vivía tranquilamente en su tierra, en su familia, entre los suyos; probablemente llevaba una vida plena de sentido y satisfacción. Pero un día sonó una voz que lo sacó de esta placidez: *“Sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré”*. Ciertamente a estas palabras acompañaban otras que hablaban de cosas bonitas: *“Haré de ti una gran nación, te bendeciré, haré famoso tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan y en ti serán benditas las familias de la tierra”* (Gén 12, 1-3). Sonaban bien, pero ¿dónde, cuándo, en qué circunstancias ocurriría eso? De momento, lo único que estaba claro era el mandato: ponte en camino, echa a andar, vete adonde yo te mande. Y Abrahán se lo creyó y se puso en camino sin mirar atrás.

Pasó el tiempo y en otras circunstancias, algo parecido le ocurrió a Moisés. Pastoreaba tranquilamente el rebaño de su suegro después de huir de Egipto (Éx 3,1). Y en la soledad del desierto, oyó la voz del Señor:

“Moisés, Moisés”; como Abrahán, también él prestó atención a la voz: *“Aquí estoy”*, encontrándose con un proyecto que no entraba en sus planes: Dios había visto el sufrimiento, la explotación de su pueblo en la esclavitud y le encargaba una misión: *“Ahora marcha, te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel”*.

Él no lo tiene tan claro: *“¿Quién soy yo para acudir al faraón o para sacar a los hijos de Israel de Egipto?”* (Éx 3, 7ss); más aun, señalará algunas circunstancias que desaconsejen aquel encargo:



“¡Por favor, Señor mío! Yo nunca he sido un hombre con facilidad de palabra, ni siquiera después de que tú has hablado con tu siervo, pues soy torpe de boca y lengua” (Éx 4,10). No le pareció a Dios la respuesta oportuna y le replicará: “¿Quién dio la boca al hombre? ¿Quién lo hace mudo o sordo, vidente o ciego? ¿No soy yo, el Señor? Ahora pues, ve: yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que has de decir” (Éx 4,11-12). Todavía vuelve a insistir Moisés para que le releve de ese encargo, pero, al final, acepta y lo hace desde una certeza: “Yo estoy contigo” (Éx 3,12)

Podíamos ir repitiendo el mismo proceso en tantas personas que se encontraron con Dios y cuya peripécia encontramos en la Biblia. Quizá el llamado profeta Jonás pueda servirnos de punto de referencia. También él, un día, en la tranquilidad de su existencia, escuchó un mandato: *“Ponte en marcha, ve a Nínive, la gran ciudad, y llévale este mensaje contra ella, pues me he enterado de sus crímenes” (Jon 1,1). Y Jonás se puso en camino, pero en la dirección contraria: en lugar de viajar al este, a donde Dios le enviaba, emprende la huida hacia occidente, buscando otros horizontes. Se inicia así una partida en la que Dios irá robándole todas las cartas, hasta que no tiene más remedio que ponerse en marcha hacia donde Dios le envía. A regañadientes va a Nínive y anuncia su destrucción. Pero aquella gente creyó su palabra, hizo penitencia y “vio Dios su comportamiento, cómo habían abandonado el mal camino, y se arrepintió de la desgracia que había determinado enviarles. Así que no la ejecutó” (3,10)*

Esto irritó especialmente a Jonás que se sintió burlado: *¿para eso había tenido él que dejar su tierra, su ambiente?* Y así se lo manifestó a Dios: *“¿No lo decía yo, Señor, cuando estaba en mi tierra? Por eso intenté escapar a Tarsis, pues bien sé que eres un Dios bondadoso, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal” (Jon 4,2). Y entonces tuvo que aprender, además, que desinstalarse no era solo abandonar espacios físicos, sino también espacios mentales; ante sus lamentaciones por la no destrucción de Nínive, el Dios de entrañas de misericordia le enseñó prácticamente lo que es sentir compasión y misericordia y acogida de los otros: repentinamente se secó el ricino que con su sombra resguardaba de los ardores del sol a Jonás y esté volvió a mostrar su indignación: “Más vale morir que vivir” (Jon 4,8), respondiéndole Dios: “Tú te compadeces del ricino, que no cuidaste ni ayudaste a crecer, que en una noche surgió y en otra desapareció, ¿y no me he de compadecer yo de Nínive, la gran ciudad?” (Jon 4,10-11)*

ENCUENTRO CON LA PALABRA

Y parece que Jonás debió de aprender la lección, porque no volvió a hablar más.

Todo lo que venimos diciendo nos está hablando de una actitud básica en la vida de los creyentes según los datos que nos transmite la Biblia: la **DES-INSTALACIÓN**, es decir, la llamada a no quedarse parados, a ponerse cada día en camino, a romper con la seguridad, a dejar el pasado y lanzarse al futuro: un futuro que no es del ser humano, sino de Dios; un futuro que el ser humano debe conquistar, porque futuro es, a la vez, don y tarea, gracia y compromiso.

Desde aquí podemos señalar algunas características fundamentales de la desinstalación:

-Es una consecuencia lógica de la disponibilidad ante Dios: si el ser humano se sitúa ante Dios en una actitud de disponibilidad, debe vivir desinstalado, preparado siempre para ponerse en camino: ser disponible es estar en actitud de éxodo hacia donde Dios llame (Is ,8);

-Es tener la capacidad suficiente para levantar la propia tienda cada mañana sin sentirse atado a un lugar; es tener fuerza para lanzarse a recorrer caminos no marcados en las arenas ardientes del desierto;

-Es resistir a la tentación de plantar la tienda en el primer oasis que encontramos; vencer el impulso de buscar caminos bien marcados; no tener miedo a perder de vista los horizontes conocidos, en los que todos los rasgos están claramente definidos y cada cosa se encuentra en su lugar; desterrar el miedo a lo nuevo, a lo desconocido, a lo que está más allá;

-convencidos de Dios nos habla hoy, es estar abiertos y preparados para acoger su palabra, aunque nos obligue a cambiar supuestos e ideas que considerábamos irrenunciables; alguien lo ha dicho gráficamente: vivir desinstalado es "preferir discernimiento a seguridad", o como dice el papa Francisco, "prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por

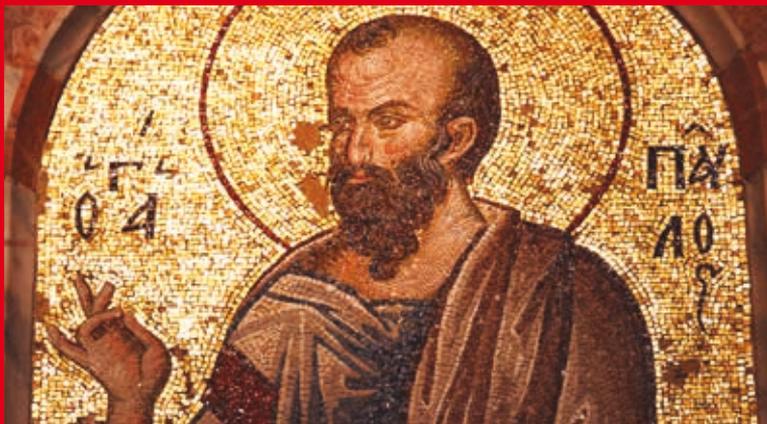
salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades" (EG 49);

-es ponernos en camino con una certeza absoluta: el único garante de nuestra desinstalación es Dios. En él están nuestros azares y a sus manos, llenas de ternura, encomendamos nuestra vida (Sal 31, 6.16; Jer 1,7-8)

Quizá las palabras del papa Francisco puedan resumir lo que significa la desinstalación:

"Dios siempre es novedad, que nos empuja a partir una y otra vez y a desplazarnos para ir más allá de lo conocido, hacia las periferias y las fronteras. Nos lleva allí donde está la humanidad herida y donde los seres humanos, por debajo de la apariencia de la superficialidad y el conformismo, siguen buscando la respuesta a la pregunta por el sentido de la vida. ¡Dios no tiene miedo! Él va siempre más allá de nuestros esquemas y no le teme a las periferias" (GE 135)

EXPERIENCIAS DE DIOS EN LA BIBLIA



PABLO de TARSO

San Pablo se nos presenta en el Nuevo Testamento como un personaje clave para la transmisión del mensaje cristiano.

Pablo fue un converso judío que no conoció en vida a Jesucristo. Dos evangelistas: Mateo y Juan, fueron apóstoles; los otros dos evangelistas, Marcos y Lucas tampoco debieron de conocer a Jesús de Nazaret. San Lucas, en el prólogo de su evangelio, cuando escribe a un tal Teófilo, le dice: *“Habiendo investigado todo esto con esmero desde su origen, he decidido escribirte ordenadamente”* (Lc 1, 3)

Pablo de Tarso, el que antes entre los judíos se llamaba Saulo (Saúl), fue el gran misionero del primer siglo cristiano.

Lo demuestran sus viajes apostólicos, sus visitas y sus cartas a las comunidades cristianas que creó entre los gentiles.

El libro de los Hechos afirma que Pablo partió para Damasco para perseguir a los cristianos que allí vivían. De carácter impetuoso, este fariseo radical salió de Jerusalén con órdenes de los jefes del Templo para desbaratar a los que consideraban herejes, a los que veneraban como Mesías de Israel a un crucificado, a un rechazado y maldito según la Ley (Gál 3,10-13)

Sin embargo, en ese camino a Damasco se va a encontrar con Jesucristo resucitado. Este acontecimiento cambiará su vida.

Jesús-Lucas Rodríguez García

La vocación de Pablo fue una *“revelación mesiánica”*, en la línea de la tradición profética de Israel (cf. Jer 1). Dios se le manifiesta revelándole que Jesús, a quien él se oponía, era su Hijo crucificado, el Mesías Salvador, y le confió el encargo de anunciar su mensaje a los gentiles. Pablo interpretó esta revelación como una aparición pascual y llamada de Jesús resucitado (Gal 1, 11-17; Flp 3, 7-9; 1 Cor 15, 3-7)

Sus Cartas son los primeros escritos del Nuevo Testamento, y su testimonio se encuentra entre los más impresionantes de la literatura religiosa universal.

Pablo describió su relación con Dios de esta manera: *“Pero Dios, que me había elegido ya desde antes de mi nacimiento, me llamó por pura benevolencia para revelarme a su Hijo y darme el encargo de anunciar su mensaje evangélico a los que no son judíos”* (Gal 1, 15-16) Su vocación tuvo una misión: la de ser evangelizador. Su relación con Dios se distinguió por la fidelidad con la que llevó a cabo tal colosal trabajo.

la peste



Gracias a los libros de historia hemos llegado a conocer algo de la terrible Peste Negra que asoló Europa a mediados del siglo XIV. También hemos sabido que algunos santos perdieron su vida precisamente por la atención que prestaron a las víctimas de otras pestes. Y a ese drama nos han asomado también una célebre novela de Albert Camus y la película *El séptimo sello* de Ingmar Bergman.

Más cerca en el tiempo hemos vivido una grave peste que asoló algunos países de África. Pero todo nos quedaba muy lejos en el tiempo o en el espacio. Hasta que un virus inesperado ha generado una pandemia de dimensiones planetarias. Y unos y otros nos hemos preguntado por el significado de este azote. No es extraño que, en una parte y en otra, surja la curiosidad por saber si en la Biblia se pueden encontrar algunas enseñanzas sobre la peste. Y la respuesta es afirmativa.

1 El castigo a los enemigos.

Como era de esperar, de acuerdo con una visión del mundo y de la historia que atribuye a una directa decisión de Dios la aparición o el cese de los fenómenos naturales, vemos que también la llegada de la peste es considerada en la Biblia como el efecto de la voluntad expresa de Dios, que quiere castigar un comportamiento erróneo.

En primer lugar, es fácil recordar que la peste constituye la quinta de las plagas de Egipto. Dios ha decidido liberar a su pueblo de aquella esclavitud a la que estaba sometido. Y este es el mensaje que Moisés trasmite al faraón de parte de Dios, para obligarle a que deje en libertad a los hijos de Israel: *“Deja marchar a mi pueblo para que me rinda culto, pues si te niegas a dejarlo marchar y lo sigues reteniendo, la mano del Señor golpeará a tus ganados del campo -los caballos, los asnos, los camellos, las vacas y las ovejas- con una peste horrible”* (Éx 9,13). El texto anota que, a pesar de esta profecía *“el corazón del faraón se endureció y no dejó marchar al pueblo”* (Éx 9,7)

Según el salmista, el pueblo de Israel se mostró rebelde en el desierto, sin acordarse de que Dios no había salvado a los egipcios de la muerte y había entregado sus vidas a la peste (*Sal 78,50*)

2 Advertencias al pueblo. Sin embargo hay que observar que la peste no solo había de afectar a los enemigos del pueblo. Desde *Cadés Barnea*, en el desierto de Farán, Moisés envió a doce hombres, uno por cada tribu, a explorar la tierra de Canaán. Diez de los exploradores desalentaron al pueblo con sus noticias. Solo Josué y Caleb trataban de suscitar la confianza en el Señor.

Cuando el motín se convirtió en una amenaza de muerte para aquellos profetas de la esperanza, el Señor dijo a Moisés: *“¿Hasta cuándo me va a rechazar este pueblo? ¿Hasta cuándo van a desconfiar de mí, con todos los signos que he hecho entre ellos? Voy a herirlo de peste y a desheredarlo. Pero de ti sacaré un pueblo grande y más numeroso que ellos”* (Núm 14,11-12). Sin embargo, la intercesión de Moisés logró que Dios no llevara a cabo su propósito.

Al pueblo se le recuerda que si escucha la voz del Señor y cumple sus preceptos, recibirá bendiciones. Pero si no la escucha, será maldito y el Señor hará que se le pegue la peste y las enfermedades hasta consumirlo y destruirlo (Dt 28,27-28). No es extraño que Salomón implore a Dios que escuche las plegarias que su pueblo dirija hacia el templo, cuando en el país se vea afectado por el hambre, la peste, la enfermedad o el asedio de los enemigos (1 Re 8,37; 2 Cró 6,28).

El salmista exhorta al creyente a buscar refugio en el Señor. Si deposita en él su confianza, el Señor lo librará de la red del cazador, de la peste funesta, que se desliza en las tinieblas y de la epidemia que devasta a mediodía (Sal 91,3.6). En un momento en que se descubre la responsabilidad personal, un oráculo del Señor asegura que si él enviara la peste a un país, se salvarían los justos, pero su justicia no sería aplicable ni aun a los miembros de su familia (cf. Ez 14,17-21). En el dramático salmo de Habacuc, el profeta anuncia la manifestación del poder de Dios, que llega acompañado de la peste y de la fiebre, como potencias personificadas, aunque al final se anuncia la compasión de Dios, que es fuerza para su pueblo (Hab 3,5).

3 El censo de David. De todas formas, el texto más conocido y más impresionante es el que relata el censo ordenado por el rey David y sus funestas consecuencias. En un primer momento, parece que el relato atribuye a Dios la iniciativa. Cabe preguntarse cómo puede Dios incitar a una acción que suscitaba en Israel un temor religioso, como se desprende de las normas legales (cf. Ex 30,11) y también de los temores de los mismos consejeros de David (2 Sam 24,3-4)

De hecho, una vez realizado el censo, David sintió remordimiento y se dirige al Señor con esta confesión: *“He pecado gravemente por lo que he hecho. Ahora, Señor, perdona la falta de tu siervo, que ha obrado tan neciamente”* (2 Sam 24,10)

Al día siguiente el profeta Gad transmite al rey un oráculo del Señor que le propone siete años de hambre en el país, tres meses de huida ante sus enemigos o tres días de peste en el país. La respuesta de David es muy conocida:

¿QUÉ DICE LA BIBLIA SOBRE...



“¡Estoy en un gran apuro! Pero pongámonos en manos del Señor, cuya misericordia es enorme, y no en manos de los hombres” (2 Sam 24,15).

De nuevo se atribuye a Dios la decisión de enviar la peste, que ocasiona la muerte a setenta y siete mil hombres del pueblo.

El texto utiliza números que por medio de la cantidad simbólica reflejan la magnitud de la desgracia. A continuación refiere el arrepentimiento de Dios. Al ángel que está asolando al pueblo le ordena detenerse (2 Sam 24,15-17)

Por su parte David reconoce su pecado, pide a Dios que descargue su mano contra él y a continuación ofrece un sacrificio de expiación en la era de Arauná, el jebuseo, en la cual construye un altar. En conclusión, *“el Señor tuvo compasión del país y cesó la plaga sobre Israel” (2 Sam 24,18-25)*

4 Los signos del final. En el discurso escatológico de Jesús se superponen dos profecías. Una de ellas se refiere a las tribulaciones por las que había de pasar la comunidad de los discípulos de Cristo con motivo de la guerra judía y la destrucción de Jerusalén. La otra remite nuestra atención a la caducidad de todas las cosas y la manifestación final del Hijo del Hombre. Pues bien, en este contexto, el discurso se sirve del lenguaje apocalíptico, empleado ya por los profetas (cf. Is 24-27) y bien conocido por los oyentes y lectores de aquel tiempo. En boca de Jesús aparecen algunos de los signos que han de preceder al final profetizado: *“Se levantará pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá hambre, epidemias y terremotos en diversos lugares; todo esto será el comienzo de los dolores” (Mt 24,7-8)*



Más explícito todavía es el texto del evangelio de Lucas al poner estas palabras en labios de Jesús: “*Se alzaré pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países, hambres y pestes. Habrá también fenómenos espantosos y grandes signos en el cielo*” (Lc 21,10-11)

El texto griego juega con la semejanza de las palabras *loimoi kai limoi*, es decir pestilencias y hambres. Semejanza que se encuentra también en varios autores clásicos de lengua griega, como Hesíodo y Tucídides, así como en algunos textos judíos, como el Testamento de los XII Patriarcas (*Jud 23,3*)

La alusión a los terremotos se remonta al profeta Ageo (2,6), mientras que la referencia al hambre y la peste se encuentra ya en el texto de *Is 5,13-14*, según la traducción de los LXX. Por la misma similitud de las voces en la lengua griega, podrían entenderse como alusiones a la peste las palabras referidas al hambre, que se encuentran en el Apocalipsis (*Ap 6,8; 18,8*)

De todas formas, las alusiones bíblicas a la peste tienen un sentido profundamente religioso. De hecho, nos sugieren la necesidad de reconocer la vulnerabilidad de la condición humana, así como el señorío de Dios sobre nuestra vida personal y sobre el desarrollo de la historia.

En consecuencia, no debemos poner nuestra confianza en nuestros progresos técnicos o económicos. No depende de ellos nuestra salvación. Solo podemos confiar en Dios, en su bondad y su misericordia. Solo Dios es Dios.

DIONISIO Y DAMARIS

Según el libro de los Hechos de los Apóstoles, el segundo viaje misional habría de llevar a Pablo desde Tesalónica a Berea, y desde allí llegaría por mar hasta Atenas.

Seguramente Pablo había soñado muchas veces con llevar el evangelio hasta aquel centro de sabiduría. Atenas era la capital intelectual y espiritual del mundo griego. Allí confluían en ese momento los más conspicuos representantes de las escuelas de pensamiento, tanto los epicúreos como los estoicos. Además, Pablo podía encontrarse allí con el núcleo más institucionalizado de la religión griega. Por todas partes se hacía evidente la fuerza de unas creencias y de una cultura que había modelado las aspiraciones humanas del mundo griego.

Pablo trató de entrar en contacto con todos esos ámbitos del pensamiento y de la vida religiosa. Los filósofos se dividían en sus opiniones sobre él. A unos les parecía que su exposición era un conglomerado sincretista cuajado de tópicos. Otros lo consideraban como un propagandista de alguna nueva religión oriental.

De todas formas, Pablo fue invitado a presentarse en el Areópago. Con esta palabra se designaba una roca situada al sur del ágora. También se designaba con ese nombre al Consejo supremo de los atenienses, que en otros tiempos se reunían precisamente en aquel lugar.

No es fácil saber si lo llevaron a la breve colina del Areópago para poder escucharle con tranquilidad en un lugar retirado o, si por el contrario, pretendían que el Consejo de la ciudad escuchara formalmente las “cosas extrañas” que le habían oído propagar.

1 El Dios creador. De una forma o de otra, Pablo hubo de pronunciar su discurso: el más elaborado y erudito de los que el relato de Lucas ha puesto en sus labios. Comenzó manifestando su observación personal con motivo de su recorrido por la ciudad y alabando la piedad de los atenienses:

“Atenienses, veo que sois en todo extremadamente religiosos. Porque, paseando y contemplando vuestros monumentos sagrados, encontré incluso un altar con esta inscripción: Al Dios desconocido”. Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo” (Hch 17,22-23)

Ese pretendido respeto de los atenienses se debía sin duda al temor de ofender a alguna de las divinidades que eran veneradas por los ciudadanos que pasaban por Atenas o por las divinidades desconocidas que tal vez mostraran su poder en alguna otra ciudad.

Pablo no solo no lo critica, sino que se sirve de él para exponer un resumen de la fe judía en el Dios creador del mundo:

“El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene, siendo como es Señor de cielo y tierra, no habita en templos contruidos por manos humanas, ni lo sirven manos humanas, como si necesitara de alguien, él que a todos da la vida y el aliento, y todo” (Hch 17,24-25)

Pablo aplaude la idea de venerar a un Dios trascendente que no puede ser manejado por los hombres. La idea de que Dios no puede ser fabricado ni servido adecuadamente por manos humanas no era extraña al pensamiento griego.

En un tercer momento, el discurso de Pablo se fija en la creación del género humano por parte del único Dios, creador del universo. Pero a la reflexión racional sobre el origen de la humanidad, aceptable también por los paganos, se une ahora la categoría de la “búsqueda” de Dios, tan querida para la piedad israelita:

“De uno solo creó el género humano para que habitara la tierra entera, determinando fijamente los tiempos y las fronteras de los lugares que habían de habitar, con el fin de que lo buscasen a él, a ver si, al menos a tientas, lo encontraban; aunque no está lejos de ninguno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos; así lo han dicho incluso algunos de vuestros poetas: Somos estirpe suya” (Hch 17,26-28)

Pablo incluyó una afirmación sobre la permanencia del hombre en Dios, que estaba inspirada en aquel legendario cretense que fue el poeta Epiménides de Cnosos (s. VI a.C.), también recordado en Tit 1,12.

Además, citó un pensamiento de Arato, un poeta originario de su misma región nativa de Cilicia (s. III a.C.)

2 El juez resucitado. Una vez captada la benevolencia del auditorio, Pablo afirmó que la divinidad no puede identificarse con las imágenes que de ella produce el ingenio humano.

Además, aludió a la necesidad de la conversión, en previsión del juicio divino. Ambas propuestas podrían haber sido aceptadas por muchos espíritus nobles del helenismo. Pero la segunda proposición de Pablo aludía veladamente a un hombre al que el Dios creador habría confiado ese juicio sobre la historia.

“Si somos estirpe de Dios, no debemos pensar que la divinidad se parezca a imágenes de oro o de plata o de piedra, esculpidas por la destreza y la fantasía de un hombre. Así pues, pasando por alto aquellos tiempos de ignorancia, Dios anuncia ahora en todas partes a todos los humanos que se conviertan. Porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por medio del hombre a quien él ha designado; y ha dado a todos la garantía de esto, resucitándolo de entre los muertos” (Hch 17,29-31)

Según Pablo, ese juez de la historia había sido resucitado por Dios. Su resurrección era la prueba de su misión de juez.

DISCÍPULOS DEL SEÑOR

Pero bastó que Pablo aludiese a la resurrección para que algunos de sus oyentes se burlaran y otros le dedicaran el desdén más explícito: *“Sobre esto te oiremos en otra ocasión”* (Hch 17,32-33)

La presentación de Pablo resultaba inaceptable para aquel auditorio y para toda la cultura griega. A juzgar por las expresiones que irá vertiendo en sus cartas, tal vez Pablo haya intuido que esta dificultad habría de retornar constantemente en las coordenadas del espacio y de los tiempos. Nunca sería fácil presentar como vivo a un difunto.

3**Dos creyentes.** Todo daba a entender que Pablo había perdido su tiempo y su discurso. Sin embargo, el relato lucano nos lleva a recordar por un momento lo acontecido en Filipos. Entre la multitud que rechaza el anuncio siempre hay algunas personas que lo acogen con simpatía y con fe. Esa parece una tesis constante en el libro de los Hechos de los Apóstoles. La palabra del Evangelio nunca fracasa.

Y así ocurrió también a Pablo en Atenas: *“Pero Algunos se le juntaron y creyeron, entre ellos Dionisio el areopagita, una mujer llamada Dámaris y algunos más con ellos”* (Hch 17,34)

Nada más sabemos de estos dos personajes. Pero nos basta saber que escucharon el mensaje del apóstol. Y que el Espíritu abrió su corazón a la fe en Jesucristo. El Sanedrín perseguía a los mensajeros cristianos y su mensaje. El Areópago se limitaba a despreciarlos.

Cuando en Éfeso escribía su primera carta a los Corintios, todavía recordará aquella experiencia de fracaso que tuvo que probar en Atenas. Afirma, en efecto, que *“no le envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio, y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo. Pues la predicación de la cruz es una necesidad para los que se pierden; mas para los que se salvan para nosotros es fuerza de Dios”* (1 Cor 1,17-18)

Seguramente, aún conservaba el recuerdo de Dionisio y de Damaris. Por eso escribía que *“como el mundo mediante su propia sabiduría no conoció a Dios en su divina sabiduría, quiso Dios salvar a los creyentes mediante la necesidad de la predicación”* (1 Cor 1,21)

Bien sabía Pablo que el mundo griego se mostraba orgulloso de los sistemas de pensamiento a los que había dado lugar. Por eso el mensaje de Jesús no parecía ofrecerles una nueva sabiduría. Cristo crucificado era escándalo para los judíos, y necesidad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, era fuerza y sabiduría de Dios (1 Cor 1,22-25)

Junto a otros hermanos, Dionisio y Damaris quedarían, pues, en la memoria de la comunidad como aquellos que, en el centro del pensamiento y la filosofía, habían aceptado a Jesús como su Salvador.

Entre los sabios habían surgido dos creyentes.

¿Qué dicen los Evangelios sobre la Virgen María?



Las varias Marías.

Para muchos cristianos, la figura de María ocupa un lugar relevante, tanto en su fe como en su devoción. Y piensan que la Biblia entera apoya este punto de vista. Pero si leemos el Nuevo Testamento con cuidado nos llevamos una sorpresa: *no todos los libros le asignan a ella un papel destacado*. ¿Por qué? Porque entre los primeros y los últimos escritos neotestamentarios pasaron más de 60 años, y en ese lapso se produjo una evolución en la imagen de María.

En efecto, cuando aparecieron las primeras obras del Nuevo Testamento, aún no se había desarrollado la gran veneración que posteriormente se producirá entre los cristianos hacia la madre de Jesús. Semejante deferencia solo aparecerá gradualmente en las antiguas comunidades, y quedará reflejada de manera progresiva en los autores sagrados.

Un análisis serio y reposado de los textos bíblicos puede revelarnos esta evolución.

María, la ignorada.

Los escritos más antiguos del Nuevo Testamento son las cartas de san Pablo, compuestas entre el año 50 y el 56. En ellas, si bien hay tres referencias al nacimiento de Jesús, nunca se habla de María.

La primera alusión se encuentra en la carta A los Filipenses, donde Pablo sostiene que Jesús *“fue hecho (nació) a semejanza de los hombres”* (Flp 2,7). La segunda está en la epístola a los Romanos; dice que Jesús nació *“como hombre, de la familia de David”* (Rm 1,3). La tercera y más explícita, en la carta A los Gálatas: *“Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su hijo nacido de mujer”* (Gal 4,4). Vemos, pues, que el apóstol no menciona jamás a María, ni tiene idea de la concepción virginal de Jesús. Quizás la ignoraba, o tal vez prefirió pasarla por alto por no considerarlo un dato relevante para el anuncio del evangelio. Lo cierto es que Pablo se centró únicamente en la muerte y la resurrección de Jesús. Todo lo referente a su vida histórica, y también a su madre, quedó fuera de su foco de interés.

María, la desfavorecida.

Después de Pablo, el siguiente autor del Nuevo Testamento por orden cronológico es el evangelista Marcos, quien compuso su obra hacia el año 70. Él es el primero en darle el nombre de “María” a la madre de Jesús, y también el primero en mencionarla, en dos escenas de su Evangelio.

En la primera, ella aparece junto a los hermanos de Jesús, es decir, junto al resto de su familia. Cuenta que un día su hijo se hallaba predicando en una vivienda del pueblo, probablemente de Cafarnaúm, y se presentó ella a buscarlo para llevarlo consigo de regreso a la casa familiar, porque pensaba que se había vuelto loco, debido a las cosas que enseñaba (Mc 3,20-21). Cuando Jesús se enteró de que su madre y sus hermanos lo buscaban, dice Marcos que: *“Jesús les respondió: ¿Quién es mi madre y mis hermanos?”. Y mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dijo: “Estos son mi madre y mis hermanos; quien cumpla la voluntad de Dios”* (Mc 3,31-35)

El relato de Marcos resulta bastante descortés hacia María, y hacia el resto de los hermanos de Jesús. Ellos constituyen un grupo que no comprende su misión. Por eso Jesús se distancia de ellos, y considera que sus oyentes son su verdadera familia.

El segundo episodio en el que Marcos alude a María tiene lugar en la sinagoga de Nazaret. Jesús había entrado a predicar, y los presentes asombrados por lo que decía comentaron: *“¿De dónde ha sacado esa sabiduría y ese poder de hacer milagros? ¿No es este el carpintero, el hijo de María, y hermano de Santiago, José, Simón y Judas? ¿Y no están sus hermanas aquí entre nosotros? Y se escandalizaban de él. Jesús entonces les dijo: Un profeta solo es despreciado en su tierra, entre sus parientes y en su casa”* (Mc 6,1-4)

Este episodio apoya la opinión poco favorable que Marcos tenía de María, y de la familia de Jesús en general, pues recalca que sus parientes y los miembros de su casa sentían desprecio hacia él.

Sin duda estos relatos tienen que ser históricos. Es difícil creer que Marcos haya inventado unas escenas que dejaban bajo una luz tan negativa a la familia de Jesús. Marcos tiene que haberlas conocido por tradición. Pero ¿por qué las conservó en su Evangelio? Quizás porque al morir Jesús, sus parientes se habrían creído los únicos con derecho a ser dirigentes de las comunidades cristianas. Era una práctica común en el antiguo Oriente, donde el sacerdocio y los demás roles sociales se recibían por herencia familiar. Marcos, que escribe para lectores paganos, no ve esto con buenos ojos. Por eso rescató estas narraciones, que le llegaron por tradición, para recordar que la familia carnal de Jesús no tuvo una buena relación con él, y por eso Jesús dejó en claro que a la nueva familia fundada por él se ingresaba por escuchar su palabra, y no por lazos de sangre.

María, reconsiderada.

Pasaron los años, y el pensamiento cristiano comenzó a reflexionar más sobre la vida de Jesús, especialmente sobre el período tan poco conocido como es el de su infancia. Como fruto de esas reflexiones, fue apareciendo una figura de María más notable. Fue entonces cuando escribió Mateo su evangelio, alrededor del año 80. Él es el primero en aportar algunos detalles de la infancia de Jesús. Así, en su obra leemos cómo el niño fue concebido por María, pero sin la intervención de José, ya que estuvo de por medio la obra del Espíritu Santo (Mt 1,18). De este modo, al aparecer María como la única progenitora, su figura empezó a ganar protagonismo y a ocupar un lugar más central en la historia de la salvación.

Aun así, en el Evangelio de Mateo, ella todavía desempeña un papel secundario. El personaje central, en la infancia de Jesús, es sin duda José. Es a él a quien un ángel le anuncia el nacimiento de Jesús (Mt 1,20). A él le encarga ponerle un nombre cuando nazca (Mt 1,21). A él le advierte que huya a Egipto, porque quieren matar al niño (Mt 2,13). Y a él le comunica la orden de regresar a Israel (Mt 2,20). María, en cambio, ni habla ni actúa. Es una figura casi de paso.

María, la rescatada.

Mateo también incluye en su Evangelio los dos episodios que Marcos contaba sobre María. Pero como tenía un concepto más positivo sobre ella, no quiso transmitirlos como Marcos y buscó modificarlos. Así, con respecto al primero, si bien cuenta que María va a buscar a Jesús a la casa donde está predicando, elimine el motivo por el que lo va a buscar, es decir, porque cree que está loco. Y al no dar ningún motivo, deja la impresión de que María lo va a buscar simplemente para escucharlo, porque ella es una verdadera discípula, al igual que los demás oyentes que estaban en ese momento con él (Mt 12,46-50)

Con respecto al segundo episodio, donde Marcos dice que Jesús exclama: *“Un profeta solo es despreciado en su tierra, entre sus parientes y en su casa”* (Mc 6,1-4), Mateo cambia y dice que Jesús exclama: *“Un profeta solo es despreciado en su tierra y en su casa”*, suprimiendo *“y entre sus parientes”*, para que estos (*entre los cuales estaba María*), no quedaran mal parados (Mt 13,58)

PREGUNTAS INTERESANTES

Mateo, pues, ha mejorado el perfil de María en su evangelio, aunque el rol que desempeña sigue siendo menor.

María, la protagonista. En el Evangelio de Lucas, contemporáneo de Mateo, la figura de María alcanza ya un nivel extraordinario. Lo vemos al comienzo mismo de su obra, donde ella es el personaje central y sobresaliente de los relatos de la infancia de Jesús.

Ante todo, es a ella y no a José, a quien el ángel Gabriel le anuncia el nacimiento de Jesús (Lc 1,26-38). Es a ella y no a José, a quien se le encarga ponerle el nombre a Jesús (Lc 1,31). Y a diferencia de Mateo, donde María no habla nunca, en Lucas no solo María habla, sino que hasta le pone objeciones al mismo ángel (Lc 1,34). Lucas muestra, en cierto modo, que Dios tiene necesidad de María, y que no quiere hacer nada sin que ella lo sepa. Además, mientras en Mateo la concepción virginal es apenas un dato mencionado en un versículo y de pasada (Mt 1,18), en Lucas el ángel se explaya largamente para explicarle el tema a María (Lc 1,30-35). Incluso ella recibe el título de *“la llena de gracia”* (Lc 1,28), único en todo el Nuevo Testamento. Pero eso no es todo. Hay más elogios para María en Lucas. Cuando visita a su pariente Isabel, esta la ensalza diciendo: *“Bendita eres entre todas las mujeres”* (Lc 1,42), y también: *“Dichosa tú que has creído”* (Lc 1,45). Y María reconoce: *“Todas las generaciones eternamente me llamarán dichosa”* (Lc 1,48)

Cuando nace Jesús, Lucas anota que únicamente María lo envolvió entre pañales y lo recostó en un pesebre (Lc 2,6-7), como si fuera la única que actúa en el misterio del alumbramiento. Y aparece dos veces *“conservando todas las cosas en su corazón”* (Lc 2,19.51). Con Lucas, por primera vez el Nuevo Testamento se interesa directamente por María, por sus reacciones, por lo que piensa y siente. Ya no es una figura meramente pasiva, como en Mateo, sino que cuestiona, responde, dialoga, consiente. Ella corre de prisa, canta, se extraña, se maravilla, y sufre angustiosamente. Aparece, sobre todo, como modelo de creyente y de mujer atenta a la palabra de Dios.



María, la discípula. ¿Y qué pasó con las dos escenas negativas de Marcos? Lucas también las narra, pero con modificaciones, exaltando aún más su figura.

Con respecto a la primera, eliminó, como había hecho Mateo, la escena en la que ella lo cree loco a Jesús, de manera que cuando ella va a buscarlo con sus hermanos, da a entender que lo va a buscar simplemente para escuchar su palabra.



Dios" (Lc 8,19-21), incluyendo implícitamente a María, ya que ella aparece desde el principio como totalmente entregada a escuchar la palabra de Dios. La escena resulta, así, un verdadero elogio para María.

Para mostrar su fidelidad. Con respecto a la segunda escena, donde Jesús es rechazado en Nazaret, Marcos había escrito: *"Un profeta sólo es despreciado en su tierra, entre sus parientes y en su casa"* (Mc 6,4). Mateo lo suavizó: *"solo en su tierra y en su casa"* (Mt 13,57), suprimiendo los parientes. Y Lucas escribe: *"Un profeta no es bien recibido en su tierra"* (Lc 4,24), eliminando los "parientes" y la "casa", y cambiando "despreciado" por "no es bien recibido". Logrando así evitar cualquier sospecha sobre María.

A estos dos episodios de Marcos (y Mateo), Lucas agregó otros dos exclusivos, de manera que su Evangelio contiene cuatro pasajes alusivos a María, además de la infancia de Jesús.

El tercero está en la genealogía. Allí se lee: *"Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años, y era según se creía hijo de José"* (Lc 3,23). Al decir "se creía", hace una clara referencia a la concepción virginal, sin la intervención de José, que ya había contado al principio de su Evangelio.

El cuarto episodio es el de una mujer que, por la calle, cierto día le grita emocionada a Jesús: *"Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron"*. Y Jesús le responde: *"Más dichosos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen"* (Lc 11,27-28). Se trata de un pasaje ambiguo, que quizás en sus orígenes revelaba la distancia entre Jesús y su familia biológica, pero que Lucas lo emplea aquí para exaltar a María por su fidelidad a la palabra de Dios.

María, el símbolo.

Finalmente, alrededor del año 100 se escribe el Evangelio de Juan. Y con él llegamos a la simbolización de María.

Lucas hace aún más. Suprime la pregunta de Jesús (*"¿Quién es mi madre y mis hermanos?"*), que suponía cierta distancia entre ella y él. Suprime el gesto dramático de Jesús (*"señaló con su mano hacia sus discípulos"*), que marcaba un contraste entre su familia carnal y sus discípulos. No dice *"estos son mi madre y mis hermanos"*, refiriéndose solo a sus discípulos, sino: *"Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de*

Lucas la había mostrado como ejemplo personal de discípula y creyente fiel. Ahora Juan la presenta como símbolo colectivo, como emblema de toda la comunidad creyente. Esa es la razón por la que el cuarto Evangelio nunca la llama "María", ni menciona ningún episodio histórico de su vida. En dos escenas, que son exclusivas de este Evangelio, se aprecia claramente este simbolismo.

La primera es en las bodas de Caná (*Jn 2,1-12*), cuando en medio de una fiesta los novios se quedan sin vino. No estamos aquí ante un episodio histórico, sucedido en una aldea de Galilea. Por la omisión del nombre de María, y por la forma en que Jesús le habla (*la llama "mujer"*), el evangelista ha querido narrarnos un episodio alegórico. Los profetas habían anunciado que cuando llegara el final de los tiempos, Dios organizaría un alegre banquete con vinos abundantes de la mejor calidad (*Am 9,13-14; Is 25,6-8; Jl 4,18*). En esa fiesta, se realizaría el matrimonio definitivo entre Dios y toda la comunidad (*Is 61,10; 62,4; Os 2,16-25*). Pues bien, en la escena de Caná, la madre representa al pueblo de Israel, la comunidad de la antigua alianza, que reconoce y acepta a Jesús como Mesías.

Por eso está de fiesta, en un banquete de bodas. Y por eso Jesús, el enviado de Dios que debía venir, es quien se encarga de dar el vino a los invitados: 600 litros de excelente calidad.

La forjadora de unidad.

En la segunda escena del Evangelio de Juan, Jesús se encuentra colgado en el madero de la cruz, y su madre aparece junto a él. Juan escribe: "*Viendo Jesús a su madre, y junto a ella al discípulo amado, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre»*" (*Jn 19,26-27*)

Tampoco aquí describe un simple drama familiar, sucedido minutos antes de la muerte de Jesús. Vemos que otra vez el evangelista omite el nombre de María, y que de nuevo Jesús la llama "*madre*". La madre de Jesús personifica, como en las bodas de Caná, al pueblo de Israel, a la comunidad fiel de la antigua alianza, que ahora recibe el encargo de aceptar como hijo al discípulo amado (*símbolo de la comunidad cristiana de la nueva alianza*). En el Evangelio de Juan, María ha dejado ya de ser un personaje histórico, individual, para convertirse en un símbolo colectivo.

Caminos de evolución.

Muchos cristianos tienen a María como la criatura más sublime de la historia de la Iglesia, y la consideran un ejemplo de entrega y de amor cristiano. Sin embargo no siempre fue así. En los primeros siglos, los autores del Nuevo Testamento desarrollaron diferentes miradas sobre ella. Unas más cercanas a los hechos históricos (Marcos), otras más idealizadas (Mateo), otras más sublimadas (Lucas), y otras alegorizadas (Juan). Es que los primeros cristianos, y también los autores evangélicos, a medida que fueron comprendiendo la figura de Jesús, y enamorándose de su grandiosa personalidad, fueron también valorizando a quien le dio la vida.

No podemos negar que, entre los cristianos, existen distintas posturas frente a María, y distintos procesos de evolución mariana. Unos la miran con indiferencia. Otros valoran su virginidad y entrega. Otros la tienen como centro de su devoción. Y otros, en fin, piensan que lo más importante es tenerla como ejemplo y procuran imitarla. En definitiva, cada uno debería asumirla en su vida como mejor lo ayude a vivir su fe.

CINCO MUJERES QUE ENTENDIERON

Carlos Gil Arbiol

A JESÚS

LA SIROFENICIA

Cinco mujeres, según el evangelista Marcos, comprendieron a Jesús mejor que los discípulos, a los que Jesús reprende en repetidas ocasiones por su incomprensión, su torpeza, su falta de confianza o su error. Estas cinco mujeres solo aparecen una vez en todo el relato; son personajes secundarios. Sin embargo, Jesús las presenta como ejemplo y modelo para los discípulos, que deben aprender algo de cada una de ellas. Es una decisión muy atrevida por parte del evangelista, que se atreve a narrar la vida de Jesús dando gran protagonismo a quien aparentemente no lo tiene. Así, veíamos en el artículo anterior de esta sección a la mujer con flujo de sangre; ella era presentada a toda la gente y a los discípulos como hija, mientras los discípulos aparecen poniendo objeciones y ridiculizando a Jesús. En ese contexto ella es modelo de confianza en Jesús.

Un poco más adelante en el relato, en el capítulo siete, aparece el tercer personaje secundario femenino del que deben aprender los discípulos y el lector del Evangelio de Marcos: *la mujer sirofenicia*. El evangelista cuenta que, tras una controversia y enfrentamiento agrio con fariseos y escribas sobre lo que es puro e impuro, Jesús se atreve a ir a la ciudad de Tiro, en la costa norte, a territorio pagano.

No es la primera vez que ocurre eso en el Evangelio de Marcos; la curación del endemoniado geraseno había ocurrido en territorio gentil, no judío. Esta vez, Jesús se atreve a entrar en casa de un habitante del lugar, que era considerado impuro. Esta acción resulta enormemente atrevida para cualquiera, especialmente para judíos piadosos. Pedro, en el relato de los Hechos de los apóstoles, no se atreve a entrar en casa de Cornelio porque era gentil, ni siquiera después de la resurrección. Jesús parece desafiar a los escribas y fariseos con los que ha discutido, como si les dijera: *“vosotros consideráis impuro todo lo que os resulta extraño, pero yo considero puro hasta lo que me es contrario”*. Efectivamente, Jesús se adentra en territorio extranjero y entra en casa de un gentil. Para un judío piadoso eso era contaminarse y debía purificarse al salir; pero no lo es para Jesús, que no parece tener ningún problema.

CINCO MUJERES QUE ENTENDIERON

Precisamente por esta libertad y valentía con la que se conduce Jesús, sorprende más todavía lo que ocurre a continuación.

Marcos cuenta que una mujer de la región, una gentil, al oír hablar de Jesús viene a postrarse a sus pies. La presentación de esta mujer es igual que la mujer con flujo de sangre. Allí, una mujer enferma *“habiendo oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás entre la gente y tocó su manto”*. Aquí, una mujer pagana, *“habiendo oído hablar de él”, “vino y se postró a sus pies”*. Ambas mujeres conocen la fama que precede a Jesús; para ambas estas noticias son una gran esperanza porque se encuentran atrapadas por la misma situación: la exclusión por una errónea comprensión de la pureza. La sangre de la primera y la nación de la segunda las hacían ser mujeres ignoradas y despreciadas, sin ser responsables de ello. Sutilmente, Marcos está haciendo una profunda crítica a las visiones religiosas que, amparadas en tradiciones, son utilizadas para marginar o despreciar a determinadas personas y para construir una jerarquía de dignos o puros frente al resto de impuros o despreciables.



Las religiones fácilmente caen en estos errores. Marcos ofrece aquí una crítica sorprendente en el encuentro de Jesús con esta mujer. La mujer *“era griega, sirofenicia de nacimiento, y le rogaba que expulsara de su hija al demonio”*. Marcos no nos dice nada de la hija ni Jesús hace nada con ella; no va a su casa, ni habla con ella, como había hecho con otros endemoniados en los capítulos anteriores. Todo transcurre en un diálogo entre Jesús y la mujer. Es como si Marcos nos dijera que el problema no lo tiene la hija sino la madre. Es ella, y no la hija, la que demuestra una confianza descomunal en Jesús, como la mujer con flujo de sangre; es la madre, y no la hija, la que logra que Jesús la reconozca, la atienda y le conceda lo que le pide. Y esto, sorprendentemente, después de una extraña reacción de Jesús, que parece ejercer un papel que no es el suyo insultando a la mujer.

Efectivamente, antes de que la mujer logre lo que busca, debe sortear una terrible prueba. También la mujer con flujo de sangre debió superar una prueba: romper la exclusión a la que le tenía sometida su impureza, atreverse a salir a la calle y a moverse furtivamente entre la gente, contaminándola, para ser curada por Jesús sin que este se diese cuenta; aquella mujer arrancó a Jesús una curación que él no había aprobado. Y Jesús la declaró *“hija”* precisamente por saltarse las tradiciones injustas y así alabó su enorme confianza y valentía. La sirofenicia, sin embargo, debe superar una prueba mayor.

Cuando esta mujer le pide sanar a su hija, Jesús responde: *“espera que primero se sacien los hijos, pues no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros”*. Ella se ha atrevido a acercarse a un extranjero y arrodillada le ha rogado por su hija. Resulta inconcebible una respuesta tan insultante. Sin embargo, quizá debamos interpretarla como una prueba, todavía más difícil que la de la mujer con flujo de sangre, que la obligó a salir del anonimato para ponerla en el centro.

Aquella mujer tuvo que superar la exclusión de las tradiciones y autoridades religiosas que le obligaban a una exclusión. Esta, sin embargo, debe superar la misma idea de exclusión.

La respuesta que Marcos pone en boca de Jesús es la que muchos de sus seguidores utilizaron desde entonces hasta ahora para justificar que para Dios hay “hijos” y “perros” en una clara jerarquía. Resulta una idea aparentemente aceptable; también el cristianismo posterior ha creado jerarquías de personas justificándolo con dichos de Jesús.

El increíble atrevimiento de Marcos, una vez más, consiste en poner en boca de Jesús un argumento contrario a todo lo que ha demostrado su vida hasta ahora. La prueba terrible es enfrentar a la mujer a esa despreciable idea.

Pero la mujer no se ofende con el insulto; hace algo todavía más sorprendente: acepta lo que dice Jesús pero le da la vuelta, literalmente. *“Sí Señor, que también los perros comen bajo la mesa migajas de los niños”*.

Acepta que la llamen “perro” y le hace ver a Jesús que lo que ha dicho es innecesario porque todos pueden comer de la misma mesa, porque hay pan para todos. ¿No había dicho Jesús que con cinco panes bastaba para dar de comer a cinco mil? Es como si la mujer sirofenicia hubiera estado presente en aquella escena y realmente hubiera aprendido la lección que sus discípulos no aprendieron allí.

Esta mujer se ha humillado aceptando el insulto, pero le ha dado la vuelta, mostrando que también los excluidos, los extranjeros y los indignos según cier-

tas mentalidades religiosas pueden ser reconocidos a la mesa y saciarse de pan. Su abajamiento y humillación ha tenido una recompensa, porque la respuesta de la sirofenicia logra lo nunca visto en el evangelio: cambiar a Jesús. Éste le reconoce su increíble confianza y su hija queda curada *“por lo que ha dicho”* la mujer. Ella le ha demostrado a Jesús que esa idea de los hijos y los perros no es digna de él.

La monumental bronca que Jesús tiene con sus discípulos unos versículos después porque no han entendido “lo de los panes” resulta un claro contraste con la confianza de esta mujer. Ella ha superado la tentación de ceder ante ideas que son ajenas a Jesús, de ceder ante el mayor de los obstáculos, incluso cuando parece que vienen de Jesús. Esta mujer no se ha dejado vencer por ese insulto que la excluía de la mesa; ha reclamado para sí la dignidad precisamente por ser una persona indigna.

No es casualidad que, a partir de ese momento del relato, Jesús anuncia su viaje a Jerusalén donde será despreciado y matado. Como si esta mujer le hubiera hecho descubrir el camino de la cruz.

LA PALABRA DEL DOMINGO

Julio

Domingo XIV. Tiempo Ordinario -A- (Día 5)

Primera: Zacarías 9,9-10

"Mira a tu Rey que viene a ti"

Segunda: Romanos 8,9.11-13

"El que no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo"

Evangelió: San Mateo 11,25-30

"Cargad con mi yugo y aprended de mí"

Domingo XV. Tiempo Ordinario -A- (Día 12)

Primera: Isaías 55,10-11

"La palabra que sale de mi boca no volverá a mí vacía"

Segunda: Romanos 8,12-23

"Los trabajos de ahora no pesan lo que la gloria que un día se nos ha de descubrir"

Evangelió: San Mateo 13, 1-23

"Salió el sembrador a sembrar"

Domingo XVI. Tiempo Ordinario -A- (Día 19)

Primera: Sabiduría 12,13. 16-19

"Tú nos gobiernas con gran indulgencia"

Segunda: Romanos 8, 26-27

"El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad"

Evangelió: San Mateo 13,24-43

"El Reino de los Cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla"

Domingo XVII. Tiempo Ordinario -A- (Día 26)

Primera: I Reyes 3,5. 7-12

"Da a tu siervo un corazón dócil"

Segunda: Romanos 8,28-30

"A los que aman a Dios todo les sirve para el bien"

Evangelió: San Mateo 13,44-52

"El reino de los Cielos se parece a un tesoro escondido"

Agosto

Domingo XVIII. Tiempo Ordinario -A- (Día 2)

Primera: Isaías 55,1-3

"Escuchadme y viviréis"

Segunda: Romanos 8,35. 37-39

"¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?"

Evangelio: San Mateo 14,13-21

"Dadles vosotros de comer"

Domingo XIX. Tiempo Ordinario -A- (Día 9)

Primera: I Reyes 19,9a. 11-13a.

"Sal y aguarda al Señor"

Segunda: Romanos 9,1-5

"Por el bien de mis hermanos quisiera ser un proscrito"

Evangelio: San Mateo 14, 22-33

"¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?"

Domingo XX. Tiempo Ordinario -A- (Día 16)

Primera: Isaías 56 1.6-7

"Mi casa es casa de oración y así la llamarán todos los pueblos"

Segunda: Romanos 11,13-15. 29-32

"Los dones y la llamada de Dios son irrevocables"

Evangelio: San Mateo 15,21-28

"Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas"

Domingo XXI. Tiempo Ordinario -A- (Día 23)

Primera: Isaías 22,19-23

"Colgaré de su hombro la llave del palacio de David"

Segunda: Romanos 11,33-36

"Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento el de Dios"

Evangelio: San Mateo 16,13-20

"Y vosotros, ¿Quién decís que soy?"

Domingo XXII. Tiempo Ordinario -A- (Día 30)

Primera: Jeremías 20,7-9

"Me sedujiste; Señor, y me dejé seducir"

Segunda: Romanos 12,1-2

"Os exhorto a presentar vuestros cuerpos como hostia viva..., agradable a Dios"

Evangelio: San Mateo 16,21-27

"El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga"

ETAPA FORMATIVA DEL MISIONERO

“Subió al monte y llamó a los que quiso y vinieron donde él. Instituyó a los doce para que estuvieran con él y para enviarles a predicar. (Mc 3,13-14)”

El documento conciliar “*Ad Gentes*” vuelve sobre la misma cita de Marcos más adelante. En el n. 5 se refería a la Iglesia en general. En AG 23 recurre a la misma cita de forma más alargada y completa para que quede claro la finalidad de los que son llamados a la misión actualmente: enviarles a predicar, en este caso se entiende hasta unos confines de la tierra más complejos. Quizá haya que sobreentender que con menos poder “*sanatorio*” que será suplido por una mayor formación.

Esta nueva cita se encuentra dentro del capítulo IV de dicho documento conciliar que lleva por título *Los misioneros* y antes se han desarrollado los capítulos referentes a la obra misionera y las Iglesias particulares.

En este capítulo IV se comienza hablando de la vocación misionera que “*incumbe a todo discípulo de Cristo*” pero que también admite una vocación especial para alguno de estos discípulos a iniciativa del mismo Dios.

Vinieron donde él.

En Marcos Jesús realiza llamadas directas a seguirle. A Simón y Andrés (1,16), a Santiago y Juan (1,19), en contextos diferentes y más expresos que en Lucas y Juan, y más tarde a Leví (2,14). Ir con Jesús de manera constante o puntual lo vemos en *Juan 1* con el encuentro de Andrés y Juan y también en Natanael. A estos hombres del llano –ribera o ciudad- Jesús les lleva al monte. Allí se dice que se quedaron con él y que por tanto no fue cosa de un encuentro temporal.

Vuelven a casa (3,20) con él como si fueran su familia y no tardan en llegar los “*verdaderos parientes*” de Jesús (3,31-35). La escena es muy expresiva. Estos ya no tienen sitio y se tienen que quedar fuera. Cuando se lo dicen a Jesús, éste aprovecha para marcar territorio: “*Quien cumpla la voluntad de Dios ese es mi hermano y mi madre*”.

Si los parientes habían hecho un primer intento de llevárselo con él (3,21), a partir de ahora ya no vuelven a aparecer por el Evangelio. Su verdadera familia, los que “*estuvieron con él*” permanentemente, fueron los apóstoles. Solamente tiene cierta cabida al pie de la cruz la madre de sus parientes Santiago y José (15,40). Ni en Marcos ni en los otros sinópticos no se nombra a María.



Eso sí, su visita a Nazaret (6,1-6) resulta menos traumática que en Lucas, si bien es expresiva su ruptura: “*Un profeta solo entre sus parientes y en su casa carece de prestigio*” (6,4)

Venir para quedarse.

“*Instituto doce*”, dice expresa y repetidamente Marcos 3,14.16 y pasa a dar sus nombres que formarán un grupo especial al que se alude constantemente. Mateo tampoco usa la expresión de los doce hasta que los nombra a todos ya en el capítulo 10. Los doce empiezan y vuelven a aparecer en 4,10 cuando Jesús trata de explicarles su primer y único gran discurso: la parábola del sembrador. A destacar la anotación que hace Marcos de que les explica la parábola cuando “*se quedó a solas con ellos*” diferenciándoles claramente de “*los que están fuera*” (4,10ss). Después vendrá la misión de los doce (6,7). Cuando regresan de esa misión Marcos les llama por primera vez apóstoles. Con ellos tiene la especial cena de despedida (14,17), después de la cual aparece necesariamente el número once (16,14) para designar a este grupo. Por ello se subraya más con la palabra instituir, que luego volveremos a ver con ocasión de la última cena. Acto trascendental, como ya hemos visto a propósito de los comentarios de Mateo.

Envío.

Tanto Moisés como Elías, y ahora los apóstoles fueron enviados desde el monte. A Marcos le falta situar la misión final, como lo hace Mateo, desde el monte.

El prefiere hacerlo “*sentados a la mesa*” donde se puede prestar más atención y quedar las cosas más grabadas. Otras llamadas de vocación cristalizan plenamente en torno a una mesa: Mateo, Zaqueo... Parecería lógico que lo que se inició en el monte, se le diera un último impulso desde el monte. Pero lo hace en un ambiente más familiar “*estando a la mesa*” (16,14). La referencia a la despedida en el “*monte*” solo lo indica expresamente Mateo que, por otra parte, no menciona la Ascensión.

Les envió a predicar (3,14). La primera misión, que también tiene una relación directa con los “*doce*” (6,7), tendrá un cariz más sanadora, aunque no queda descartada la predicación (6,12.30).

LA BIBLIA EN EL CONCILIO

Valentín Martín

En el momento de la llamada se presentan en paridad: *“para enviarles a predicar con poder de expulsar los demonios”* (3,15). Es interesante esta acotación de enviarles a predicar por parte de un evangelista que es muy parco en contarnos la predicación del propio Jesús acodándose en que lo hacía con autoridad. Más allá del mensaje inicial (1,15) y que se recoge también en 6,12, Marcos habla vagamente de enseñar cuando se refiere a Jesús (1,21) y a los discípulos (6,30).

Se centra más en los milagros que realiza en esas sesiones sinagogales y parece que la *“novedad de su doctrina se basa más en autoridad con que realiza el milagro que en la enseñanza”* (1,27).

Recorre Galilea realizando a la par predicación y curaciones (1,39). La enseñanza en la sinagoga tiene un tiempo limitado, a veces recortado por la acción del milagro, mientras las sesiones de sanación se pueden hacer interminables (1,32). Comparando con las solemnes antítesis de Mateo 5, la enseñanza de Jesús quedó encerrada en aquellos oyentes privilegiados y no ha llegado hasta nosotros por la pluma de Marcos. Por ello no nos debe extrañar que en las tres secuencias de Marcos que vamos sobreponiendo: elección, primera misión y misión de definitiva, se hace referencia a la *“autoridad”* que trasmite a sus elegidos: poder de expulsar demonios, poder de sanación.

Formación especial para la misión.

El Concilio se mueve en la misma línea: *“Aunque a todo discípulo de Cristo le incumbe el deber de propagar la fe... Cristo Señor de entre sus discípulos llama siempre a los que quiere para que le acompañen y para enviarles a predicar a las gentes”* (AD 23). Jesús llama muy selectivamente a sus futuros misioneros y desea que se formen en su compañía antes de enviarles a la misión. No nos costará mucho identificar a los actuales seminarios con el proceso seguido por Jesús: retirada al monte con Él (3,13) en un calco de Juan 1,39: *“venid y veréis”*.

Esa formación especial que recibieron los apóstoles, el Concilio la específica y actualiza con los términos como espiritualidad misionera, formación espiritual y moral, formación doctrinal y apostólica y la recalca con el último número de esta capítulo IV dedicado a *“los institutos que trabajan en las misiones”*.

Por si no quedara claro, todavía añade un nuevo capítulo dedicado a la *“ordenación de la actividad misionera”*. Ni Cristo improvisó con sus apóstoles ni la Iglesia quiere improvisar con sus actuales misioneros por lo que se requiere de un proceso junto a Jesús de formación para aquellos que, previamente elegidos, van a ser enviados.

Conclusión.

La Iglesia que por naturaleza es misionera y tiene su origen en *“el amor Frontal de Dios”* (AG 2), siempre vive con esa preocupación misionera, a veces de manera *“extraordinaria”* como el reciente mes misionero o proyectada a situaciones peculiares de los pueblos.



En la *Evangelii Gaudium* y las Conclusiones y Exhortación emanadas del Sínodo amazónico, son recurrentes las citas de la *Ad Gentes* y las pautas para la formación de los misioneros.

Sería extenso incluirlas, pero apuntan siempre a la cercanía e intensa convivencia con el Maestro que mantuvieron los apóstoles, una vez elegidos en el monte. Puede ser un buen resumen de las conclusiones de dicho Sínodo lo que expresa el número 107: *“una formación más bíblica en el sentido de una asimilación a Jesús como se muestra en los Evangelios: cerca de las personas, capaz de escuchar, sanar, consolar, pacientemente, no buscando solicitar sino manifestar la ternura del corazón de su Padre”*

COMPROMETERSE con la CARIDAD

No podríamos entender la vida cristiana sin el estandarte de la caridad. Uno de los textos más populares del apóstol Pablo nos lleva a esa comprensión:

“Ya podría hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo caridad, soy como un bronce que suena o un címbalo que retiñe. Ya podría yo tener el don de profecía y conocer todos los misterios y toda la ciencia, o poseer una fe capaz de trasladar montañas; si no tengo caridad nada soy. Ya podría yo repartir todos los bienes e incluso entregar mi cuerpo a las llamas; si no tengo caridad, nada me aprovecha”
(1Cor 13,1-3)

Continúa con un hermoso recital de lo que es la caridad, terminando este capítulo con una afirmación rotunda: *“Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres realidades. Pero la mayor de todas ellas es la caridad.”*
(1Cor 13,13)

¿Qué es la caridad para un cristiano? Es el resonar afectivo y efectivo de una palabra griega, ágape, que está profundamente marcada en el evangelio, y que nosotros la traducimos indistintamente con dos palabras: “caridad” y “amor”. Es cierto que la palabra caridad resuena en muchos oídos con un sabor de generosidad filantrópica interesada, manifestando una compasión que para muchos les resulta humillante. Pero eso no es la caridad, eso no es el amor cristiano.

El amor del que nos habla el ágape, o sea la caridad cristiana, es un amor de benevolencia que quiere el bien ajeno, que se apresura a atender la necesidad de la otra persona en términos de familiaridad y de generosidad sin límites.

Difícilmente podríamos entender el cristianismo, por muy olvidadizo que haya sido en este aspecto a lo largo de los siglos, sin la luminosidad compartida del amor, de una caridad tantas veces arriesgada, en disposición de dar la vida por las otras personas, en el mismo espíritu que nos dejó Jesús cuando afirmaba que no hay mayor amor que el que da la vida por aquel a quien ama:

“Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos” (Jn 15, 13)



Sí, algunos cristianos habrán sido olvidadizos de este mandamiento del amor que surge del Señor Jesús, pero tenemos también tantos testimonios de cristianos que han dejado todo por el bien de los demás, que han dado sus vidas en un riesgo permanente por manifestar el amor que va impulsando el Espíritu de Dios. Cristianos que han hecho de su vida, en la mayor rutina y sencillez, espejos de la caridad.

No se trata de alardear. Pero no podemos dejar de afirmar que el cristianismo es un camino de amor, dinamizado permanentemente en esa realización de entrega que llamamos popularmente la caridad.

SAN FRANCISCO Y LA PALABRA DE DIOS

Cualquiera reconoce el servicio cristiano que realiza la institución de Cáritas, incluso aquellos que tiene permanente prejuicios sobre la presencia de la Iglesia, como comunidad de cristianos, en nuestra sociedad.

Desafiados por el amor. Hacer el camino cristiano no tiene otra premisa más importante que la del amor. Ciertamente que sin la fe no sabríamos bien cómo enfocarlo.

También es verdad que la esperanza nos inspira una apertura de futuro compartido en la caridad. Pero es el amor quien da contexto a nuestra fe y a nuestra esperanza, porque para los cristianos tiene que ser claro que *"Dios es amor"* (1Jn 4, 8. 16)

Abriéndonos camino por la dinámica de la caridad es como seremos capaces de anunciar tanto nuestra fe como nuestra esperanza. Con frecuencia los cristianos nos empeñamos en convencer a los demás de nuestros espléndidos valores, de lo que supone nuestra presencia en un mundo que no siempre es capaz de encontrar su rumbo, pues fácilmente se deja llevar por las tormentas que ocasionan sus pretensiones de soberbia y de vanidad, de egoísmo y de ese permanente afán por tener tanto el poder sobre los demás como la abundancia innecesaria de las riquezas, entrando en caminos de injusticia. Más aún, los cristianos nos dejamos envolver por esas permanentes seducciones, cayendo en los mismos pozos que queremos denunciar.

No es sencilla la vida que proclama el amor y con facilidad nos olvidamos del camino de la caridad, y nos dejamos envolver por todo aquello que nos va despojando de nuestras señas de identidad, aquellas que surgen del ágape cristiano. Porque para amar hay que entregarse en donación gratuita y generosa. La caridad cristiana no sabe de compromisos comerciales, pues se desarrolla en los espacios que marca la generosidad. De eso sabía mucho san Francisco de Asís, hombre de caridad perfecta, como repetía en su oración: *"dame fe recta, esperanza cierta, caridad perfecta"*.

La caridad perfecta. La figura de Francisco la descubrimos en el entorno de la alegría de quien confiaba en el Dios de la vida, que se hacía presente tan cercano e intenso en la figura de Jesucristo. Francisco amaba a Jesucristo con el amor de quien se sabe amado intensamente por el buen Dios, Padre de todos. Estas sensaciones envolvían a Francisco, por lo que no podía imaginar su vida si no la realizaba en la caridad.

La caridad de Francisco era tan sencilla como efectiva. El camino por el que le llevaba el Dios del amor era el del compartir con los más sencillos y con los más pobres.

Una caridad que no encontraba fronteras que no pudiera traspasar, pues el amor que surgía del corazón de este pequeño hermano abarcaba a todo el universo. La creación era espacio de su caridad en el respeto y en la alegría de la vida.

Su mayor deseo era que sus hermanos respiraran ofertas de caridad, realizadas en el ejercicio del perdón y del respeto.



Cuidarse unos a otros era la clave de las relaciones fraternas, marcadas siempre por la comprensión y la agudeza de espíritu que lleva a descubrir los momentos de mayor necesidad que hace sufrir a la otra persona.

Cuentan que un día escuchó un lamento de un joven hermano novicio. El gemido llegaba como resonancia de la impotencia y del dolor que surge en la debilidad. Francisco va buscando al hermano sufriente y se encuentra con que el joven novicio no podía aguantar más la falta de alimento que ese día se habían impuesto los hermanos como penitencia. La caridad de Francisco abre las puertas del pequeño convento y acompaña al novicio a la huerta, donde los dos se ponen a comer sabrosas uvas, rompiendo atrevidamente la austeridad del pequeño grupo. El joven hermano se lo agradece tanto, Francisco se descubre tan conmovido, que ambos entienden que la caridad es la reina de las virtudes.

En un discurso a un grupo de frailes, el Cardenal Odón de Chateauroux (1273), observaba ya el lugar preeminente que en la vida del Pobrecillo ocupaba la caridad. Después de haber exaltado la austeridad de su pobreza, el Cardenal Odón decía: *«No fue ciertamente por la literatura o la ciencia como el bienaventurado Francisco descubrió este género de vida, sino por el fervor y la devoción de su caridad, ya que sólo por el ardor de la caridad puede llegarse a un tal renunciamiento».*

Paz y bien.

El icono de la identidad

que deriva de la verdad de la persona: *Lc 18,1-8*

UNA “LECTURA SOCIAL” DE DIEZ ICONOS (RETRATOS) DEL EVANGELIO DE LUCAS

En nuestro caminar leyendo desde una perspectiva social los iconos de san Lucas llegamos a la siempre denominada “*parábola del fariseo y del publicano*”. Se la ha entendido como dos maneras de orar dentro de las catequesis sobre la oración en el marco de la subida lucana de Jesús a Jerusalén. Pero puede hacerse otro tipo de lectura a otro nivel si se entienden los dos comportamientos narrados desde la perspectiva de la identidad. Efectivamente, hay dos maneras de entenderse: la del fariseo, desde la identidad religiosa, y la del publicano, desde la identidad de la verdad de la persona.

Puede parecer esta opción un tanto distorsionada. Pero hay que percibir que el anhelo del Evangelio no es tanto corregir perspec-

tivas religiosas sino tocar las estructuras de la persona, modificar los componentes de fondo del hecho de ser humano, de donde derivan luego no solamente los comportamientos religiosos sino también los sociales. En ese sentido, como luego diremos, situar este texto en el marco de la identidad puede ser pertinente.

Esto aparece desde el planteamiento inicial del pasaje donde se habla de “*estar a bien con Dios*” (v.9). **¿Es esto una simple cuestión religiosa o es cuestión de estar a bien con un Dios que mira a la verdad de la persona, a su fondo, no a la mera apariencia religiosa?** Si de esa certeza se desprende el desprecio al otro (“*despreciaban a los demás*”: v.9), no se está a bien con un Dios que no desprecia a nadie.





Así, el desprecio se muestra como evidencia de que no se está a bien con Dios, de que la identidad está maleada y por lo tanto no se puede fundamentar sobre ese cimiento deteriorado ninguna ética evangélica. Una ética de menosprecio no puede conectar con los valores de fondo del Evangelio. La verdad se dirime *“en el templo”*, en el lugar de la presencia de Dios (v.10). La oración se convierte en una herramienta de discernimiento identitario ante el Dios insobornable del templo.

El primer comportamiento, el del fariseo, basa su identidad sobre los estereotipos religiosos: **a)** *“se planta”* (v.11), de igual a igual, porque se cree con derechos al haber cumplido con las prácticas religiosas; no hay espacio para el don y el amor generoso de Dios; **b)** *“no soy como los demás”* (v.11): el cumplimiento religioso le lleva a creerse fuera del marco de lo común, tiene una mentalidad elitista que le lleva a una identidad alejada de la fraternidad común; **c)** *“ladrón, injusto, adúltero”* (v.11), desvalores que tienen que ver con la credibilidad social, ya que el menosprecio incluye, casi siempre, una doble ética: se es así ante la gente, pero de otra manera en la verdad de la persona; **d)** *“ni tampoco como ese recaudador”* (v.11): se concreta el menosprecio en el próximo a quien se considera fuera de la religión y de la ética, y por ello, con una identidad reprobable, sin la verdadera identidad de quien se tiene por justo ante la sociedad y ante Dios. Una identidad religiosa que distorsiona la verdad de la persona; **e)** *“ayuno y pago el diezmo de todo”* (v.12): se cumple con todos los requisitos religiosos (limosna, oración, ayuno), pero la verdad de lo que la persona es queda intacta. La persona adquiere una identidad que no es la de su propia verdad. Es una identidad superestructural, una no-verdad que es mucho más grave que una mera mentira.

El segundo comportamiento, el del recaudador, apunta al interior de la persona, a la verdad real que la persona conoce muy bien.



a) En lugar de “plantarse” como el fariseo “se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo” (v.13): sabe que en el discernimiento del templo, su verdad personal es cuestionable, su identidad tiene fisuras evidentes que es preciso reconocer; es la identidad que cuenta con la evidencia de la limitación y no construye un edificio identitario basado en una justicia social o religiosa que no tiene el cimiento de la fragilidad de la historia; b) los “golpes de pecho” (v.13) indican tópicamente la actitud de quien entiende la práctica religiosa como un camino hacia la verdad; incluso más, de quien ve que no va a poder cambiar de vida, que va a tener que seguir siendo recaudador, pero esa coyuntura negativa no le ha hecho perder el anhelo de lo bueno, la referencia a una ética de humanidad. Es construir una identidad asentada en la verdad común de la fragilidad histórica. El recaudador es frágil en su verdad, como todos, y anhelante de la bondad.

Por eso mismo la suya es una identidad basada en la verdad de lo humano, realidad que encierra la fragilidad pero también el anhelo del bien. Por eso éste es quien baja a su casa, vuelve a la vida real, “a bien con Dios” (v.14), a bien con el Dios que ama a la persona contando con su debilidad y que lo considera sujeto de bien por encima de esa debilidad. El fariseo suma a su desenfoco inicial un nuevo punto: cree que baja reconciliado pero no es así, porque a su identidad proveniente de la religión y sus absurdas exigencias ha sumado un nuevo punto negativo, con lo que su situación tras la oración ha empeorado.

El modismo del v.14b (“a todo el que se encumbra lo abajarán, y al que se abaja, lo encumbrarán”) está indicando, a modo de conclusión, el lugar común en el que hay que insertar toda identidad: *toda persona es igual ante Dios y en sí misma. Querer ser distinto por el camino de las exigencias religiosas es una vanidad y produce un desenfoco identitario que puede llevar a consecuencias fatales.*



San Antonio de Padua
(13 de Junio)

Llamados a ejercer la solidaridad en un espacio sin fronteras

Gracias a ti, a través de estas publicaciones, nos ayudas a mantener la obra social.

Más Información en la página web del Servicio Capuchino para el Desarrollo.
www.sercade.org



**EVANGELIO
Y VIDA**

REVISTA DE DIVULGACIÓN E INFORMACIÓN BÍBLICA
Plaza de Jesús, 2 28014 Madrid (Tel. 91-429.36.57)



Capuchinos
Editorial